

LOS TREINTA Y TRES.

COMEDIA EN TRES ACTOS.

POR EL

DOCTOR D. CARLOS G. VILLADEMOROS.

ACTORES.

- D. JUAN A. LAVALLEJA. . . General y primer Jefe de los 33.
- ” MANUEL ORIBE. }
” MANUEL LAVALLEJA . . . } Oficiales Superiores
” PABLO ZUFRIATEGUI. . . } de los 33.
- ” TOMÁS GÓMEZ. vecino de la B. O. y
SU ESPOSA.
- D. JACINTO TRÁPANI . . . Ayudante del General Lavalleja.
- ” JULIÁN LAGUNA Coronel al servicio del Brasil.
- UN JUEZ DEL PUEBLO de San Salvador.
- UN MENSAJERO.
- TROPA de los TREINTA Y TRES.

LA ESCENA es en la costa de la Banda Oriental
del RÍO DE LA PLATA.

El primero y segundo acto, el Teatro representará un Río, cuya costa estará cubierta de monte y es donde desembarcarán los TREINTA Y TRES. Gómez es el primero que se presenta en la escena con muestras de asustado, pues se supone lo han hecho fugar de su casa las partidas portuguesas; mas, luego que se halla en el bosque, ya más sereno, empieza a hablar. La hora es la del amanecer.



LOS TREINTA Y TRES.

ACTO PRIMERO.



ESCENA 1.ª

GÓMEZ.

Al fin encuentra mi inquietud ansiosa
Un albergue seguro y retirado
De la atroz tiranía, con que oprime
Al libre Oriente, el portugués avaro.
Un bosque, ¡Cielo santo!, es el refugio
Del habitante del precioso campo
Cisplatino! En un bosque sus sollozos
Apenas puede, en libertad dejando,
Hacerlos estrellar contra esos troncos
Y luego, huirse, con el aire vago!
El fiero usurpador nada respeta:
Atropella indefenso al ciudadano
Y mil víctimas ¡ay! no satisfacen
Su sed de sangre y su furor insano.
¡Malvados! ¡Ah! temed que el fuerte acero
Que habéis, del Dios bondoso, provocado,
Ya filoso se muestra y ya descende
De invictos héroes la potente mano
Sobre el culpable cuello... Mas, ¡qué digo!
¡Oh! ¡Cuál me engaña el entusiasmo patrio!
¡Lavalleja infeliz! Vuelve la espalda,
Guerrero ilustre, sin igual osado,
Vuélvela a la desgracia que te sigue
Y un muro opone a tu valiente paso.
Por doquiera ya activos solicitan
Los satélites viles del tirano
Tu morada y persona, y este bosque,

Por doquier cercan en diversos bandos.
 La Patria, no, jamás agradecida
 Te dejará de estar: el intentarlo
 Es un bastante rasgo de heroísmo
 Que asombro fuera al lidiador romano.
 Libertarla quisiste, mas, ¿qué pueden
 Treinta y tres hombres, para osar tamaño?
 Venís a perecer y vuestra muerte
 Mil siglos cava de vivir esclavo.
 No, ¡volveos, amigos! Esos pechos
 Precisos a la Patria conservadlos.
 Que otro tiempo feliz tal vez ofrezca,
 Menos cruel, a vuestro ardor el hado.

(Se siente ruido de armas).

Entonces... Mas ¿qué escucho?; ya muy cerca
 De las armas el ruido siento. Huyamos.

ESCENA 2.ª

Aparece D. Manuel Lavallega y algunos otros, que se supone haber desembarcado mientras hablaba Gómez; pero por la espesura del bosque, no han sido vistos por aquél, ni tampoco han podido ellos distinguirlo. Gómez, después de huir, vuelve sobre sus pasos, ocultándose con los árboles, hasta que es apercebido por Lavallega.

LAVALLEJA (D. MANUEL)

Ya pisamos la playa deseada,
 De donde tanto tiempo desterrados
 Y en otros climas, en miseria hundidos,
 A nuestra triste suerte abandonados,

En vano al cielo, las sentidas quejas,
De nuestros corazones enviamos.
Ved ahí la playa, contemplad la tierra,
Do a vencer o a morir determinados...

(Descubriendo a Gómez).

Pero, ¿quién es aquel que hacia nosotros
Incierto rige y temeroso el paso?
(Echando mano a la espada).

Descúbrete: ¿quién eres?

ESCENA 3.ª

Los dichos y Gómez.

GÓMEZ.

Vuestro amigo
Que solo, solo, el postrimer abrazo,
No cual creía en indecible gozo,
Más sumergido en desesperado llanto,
Perseguido, en angustias horrorosas,
Atrevido patriota! viene a daros.
Se acabó la esperanza: no hay remedio:
Es preciso sufrir y que encorvado
El cuello dócil, al pesado yugo,
Siga, en silencio, su destino aciago.
El fuerte Arenas, que en la grande empresa,
Activa ayuda prometiera daros,
Hoy ¡ay triste! del plomo cruel herido,
Yace en el lecho del dolor, postrado (1)

(1) Y traidora esperaste

Verle, en el lecho del dolor postrado —

D. JUAN C. VARELA, en su *Oda a la muerte del General Belgrano.*

Yo mismo, hacia esta costa, escapo huyendo
Del bárbaro enemigo; y a mostraros
El peligro, he venido, que os rodea,
Si no partís al punto; retiraos,
Idos, amado amigo, el triste anuncio,
Llevad al noble, malhadado hermano,
Llevad; que lejos de su suelo evite
De infausta suerte el hospedaje ingrato.

LAVALLEJA (D. MANUEL)

Y ¿a quién aconsejáis tal ignominia?
O ¿acaso habéis creído que fiados,
De ajeno auxilio, a nuestra cara patria,
Libertarla o morir hemos jurado?
Os engañáis: del Oriental el pecho
No tiembla, no, con el falaz amago
De cobarde legión que pretendiera
Oponer el Imperio, a nuestros bravos.
Si quien ayude falta nuestro intento
Membrudo al menos conservar el brazo
Nos será dado y en la lid triunfemos
O seamos en ella sepultados,
Es igual si se rompen las cadenas
Y olvidamos de siervo, el nombre odiado.

GÓMEZ.

Ese valor indómito, otro tiempo,
¡Cual mereciera el general aplauso!
Cuando unidas las fuerzas Orientales,
Al enemigo, disputar el campo,
Palmo a palmo, pudieran: cuando todos
La invasión horrorosa detestando

Al primer grito de la hollada patria,
Las usadas espadas descolgaron.
Entonces, sí, que el belicoso pueblo,
La libertad sagrada, respirando,
De un extremo, hasta el otro conducía
De Marte fiero, el estruendoso carro.
Tal época pasó; y ora abatidos
Los valientes campeones y humillados
Apenas osan levantar el rostro,
Ante el altar de la opresión, nefando.
Vosotros solos, para ejemplo eterno,
De intrepidez y patriotismo, en vano,
Despreciando la muerte y sus horrores,
Os habéis a estos montes, arrojado.
En vano pretendéis: Duras cadenas...

LAVALLEJA (D. MANUEL) *interrumpiendo*

Tened, Gómez, tened y no el infausto
Porvenir descubráis a vuestro amigo,
A quien nada capaz es de arredrarlo.
Los que ya han padecido, cual nosotros,
Tantas contrariedades y trabajos,
No el fin ilustre, de inmortal carrera,
Verán jamás, con el temor manchado;
Yo los vi, yo los vi, a esos valientes,
Salir ocultos, de entre el pueblo hermano,
Que generoso asilo dispensara
A sus desgracias y destino airado.
Yo los vi, envueltos en obscura noche,
El tierno adiós, de la amistad, enviando,
Pobres, desnudos, sin apoyo alguno,
En sus nobles espaldas colocado

El aparejo militar, gozosos
Seguir, con todo, sus proyectos altos.
Ni una queja, del pecho se despide
Ni allí gemido se escapó al cansancio
Que penosa carrera nos causara
Hasta el punto lejano del embarco.
Al fin pusimos, en endeble pino,
El decidido pie; y separados
De la costa, nos vimos y los remos
Al undísono Plata, golpearon.
Fresco era el viento y favorable entonces;
Mas, al momento, se tornó contrario,
Y a pesar del esfuerzo vigoroso,
Hacia la playa amiga, do zarpamos,
Nos conduce otra vez. Al nacer Febo,
De sus brillantes rayos rodeado,
Alumbró nuestro mal y la constancia,
Con que a los elementos, contrastando,
A su fuerza las nuestras oponiendo,
El frágil remo, en valedora mano,
Quisimos obligar al alto cielo
A proteger nuestro designio osado.
Nada es bastante ya: la áncora aferra
Pronto el piloto, mas la aferra en vano,
Que el Aquilón furioso, el diente corvo,
De la arena desprende, y arrastrados
Hacia tierra, volvimos, cuando Oribe,
El valeroso Oribe, que en el campo
De la guerra, supiera tantas veces,
El fuerte acero, descargar airado,
Y mil muertes y mil, al enemigo,
En cada golpe dar, al encrespado
Pronto se arroja y a la débil quilla,

Opone, diestro, el invencible brazo.
Aquesto nos salvó; y al fin nos vemos
En el seguro puerto, deseado,
Adonde yo el primero conducido,
Mi grata voz al eternal levanto.
Pronto aquí llegarán mis compañeros
Y pronto, Gómez, el fraterno abrazo,
De ellos recibiréis...

ESCENA 4.^a

Al finalizar D. MANUEL LAVALLEJA estas expresiones, se hará sentir un pequeño ruido, y LAVALLEJA y GÓMEZ verán ya en tierra a todos, los que mientras él hablaba, venían remando hacia la costa. Al verlos D. MANUEL LAVALLEJA, dirá a GÓMEZ.

LAVALLEJA (D. MANUEL)

Helos, amigo.

GÓMEZ.

¡Oh Dios! venero tus decretos altos!

D. JUAN ANTONIO LAVALLEJA es el último que salta en tierra, con una bandera tricolor en la mano izquierda, y en el momento, hincando una rodilla, pronunciará la invocación siguiente. El acto de hincarse lo imitan todos.

LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO.)

¡Salve, Patria infeliz, mi Patria amada!

Al fin toco tus costas oprimidas
Y el Dios eterno, de las almas dueño,
Aquí, en mi pecho renovar las iras
Y la venganza ve que atrajo dura
Del Lusitano la opresión impía!
¡Salve! mil veces, salve! helos tus hijos,
Tus hijos, sí, de la mansión querida,
Do la abundancia grata los rodeaba,
Prófugo, ¡ay! y en la miseria mira,
Mira el hierro mortífero, en su mano,
Precursor del estrago y de la ruina,
Mira el fiero semblante, en que la rabia,
La sangre anuncia que verás vertida.
¡Sangre del invasor! Sangre que piden
Las sacras sombras de la tumba fría,
Do el furor de la guerra las lanzara,
De do al furor y a la venganza, incitan.
¡Venganza sin piedad! amigos, todos
Tended la espada, y a la faz benigna
Del Dios de los mortales, hoy juremos
No gozar de quietud, sino concluída
La raza infame, que al Oriente libre,
De esclavo el nombre, vergonzoso fija.

Todos.

Lo juramos.

LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO.)

¡Señor! El juramento
Acepta, que prestamos, y castiga
Con el rigor de tu potente diestra,
Al que cobarde, de llenar desista,

Los deberes sagrados que le impone
El cautiverio de la Patria mía.

(*Se levantan.*)

D. MANUEL ORIBE (*Levantándose.*)

Nadie desistirá: no jura en vano,
El Oriental jamás; (1) y larga vida
Nunca supo arrastrar entre cadenas
Ligado al carro de potencia altiva,
Que despreciando los derechos santos,
Que a las naciones, eternas, ligan
Lanzara injusta, sus legiones fieras
Y en la confianza de la paz, dormida,
Los límites invade, sin defensa,
Y audaz la tierra, de la gloria, pisa.
Harto tiempo su mano destructora
Se burló del valor; y la ignominia,
Harto tiempo, sufrimos, con que mancha
Antiguos triunfos, la nación vencida.
Basta de padecer, basta de llanto,
Basta de ver las míseras familias
De los ínclitos hijos del Oriente
En la vergüenza y el dolor sumidas.
Llegó la hora de sangre, corra, amigos,
Corra a torrentes y de riego sirva
Al laurel majestuoso, que se eleve,
De nuestros montes en las altas cimas.
Aprendan a temblar esos malvados,

(1) Nada sucederá; no jura en vano,

El rey de Argos, jamás —

D. JUAN C. VARELA *en su Argia.*

A arrepentirse aprenda su osadía:
Que la muerte sañuda, en el combate,
Veloz recorra, sus cobardes filas.
Todos perezcan, sí; y a los que libre
De nuestro acero, vergonzosa huída,
Errantes, vaguen sin hallar la senda
Que al país de esclavos, do nacieron, guía.

GÓMEZ.

¡Ilustres campeones! Cuán gozoso
Sacrificara la existencia mía
Si a la Patria pudiera tal ofrenda
Volver ¡ay Dios! la libertad perdida!
Nada temo, en verdad; mas traicionara
La fe que en mí depositasteis, digna
De un suceso mejor, si os ocultase,
Entre esperanzas de triunfar, fingidas.
La situación horrenda, en que confiados
Vuestro noble valor os precipita.
No bien hubo llegado a aquesta banda
El eco de la fama, y la noticia
No bien aún se extendiera, del designio,
Que el mundo todo, con asombro, admira,
Cuando un mil de partidas opresoras
En numerosos puntos, divididas,
Acechan vuestros pasos. Los temores
Que al trono imprime injusta tiranía,
Más perspicaz el ojo del Tirano,
Hacen, y cierta vuestra pronta ruina.
Pero aún podéis burlarlo, aún amarradas
Las barcas conductoras a la orilla,
La salvación ofrecen, que en muy poco,

Imposible será. Sí, todavía
 Podéis volveros a la opuesta costa
 Y las personas reservar queridas,
 Para emplearlas cuando justo el cielo
 La independencia y libertad revivan.

LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO.)

Vuestro cuidado, Gómez, agradezco;

(Al dueño del lanchón).

Mas oíd mi respuesta. Te aproxima,
 Remero amigo, que a la amada playa,
 Apresuraste la llegada mía.

Prémiate el cielo tu favor; ya nadie

(Dándole dinero).

Ora aquí, tu servicio necesita.

Sólo un momento espera, por que lleves,
 Al generoso Pueblo, aquesta lista,
 De los que, al cabo, la Oriental arena,
 Llenos de orgullo y de entusiasmo pisan.
 Formadla, Zufriategui.

Aquí empezará D. PABLO ZUFRIATEGUI a formar la lista, nombrando a cada uno de los TREINTA Y TRES en voz alta y por el orden de sus clases. Acabada que sea, la presentará a LAVALLEJA, quien, después de recorrerla con la vista, dirá.

LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO.)

Falta Araújo,
 Que una empresa le fuera cometida,

En un punto distante, donde importa
Que, con valor y actividad, se expida.

(Dando la lista al marinero).

Ahora, tómalala y marcha.

LISTA.

CLASES Y NOMBRES.



<i>General,</i>	<i>Soldados,</i>
D. Juan Antonio Lavalleja	Avelino Miranda
<i>Jefes,</i>	Celedonio Rojas
D. Manuel Oribe	Andrés Areguetí
" Pablo Zufriategui	Juan Ortiz
" Manuel Lavalleja	Carmelo Colmán
" Manuel Freire	Ramón Ortiz
" Simón del Pino	Dionisio Oribe
" Basilio Araújo.	Juan Rosas
<i>Oficiales,</i>	Felipe Carapé
D. Santiago Gadea	Francisco Lavalleja
" Atanasio Sierra	Joaquín Artigas
" Jacinto Trápani	Juan Acosta
" Gregorio Sanabria	Santiago Nieva
" Manuel Meléndez	Ignacio Núñez
" Pantaleón Artigas	Andrés Cheveste
" Juan Piquimán	Luciano Romero
" Andrés Piquimán.	Agustín Velázquez
	Ignacio Medina.

El marinero, luego que toma la lista, se embarca precipitadamente y empieza a alejarse de la costa, remando. Luego que Lavalleja lo ve distante, dirige a Gómez la palabra.

LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO.)

La esperanza,
Que tenías, ¡oh Gómez! se disipa.
Ved alejarse, entre espumosas olas,
El único refugio que ofrecía,
A quien, a costa del honor, quisiese,
Cobardemente prolongar su vida.
No existe salvación; sólo la espada,
El brío sólo guardará los días,
De los que muerte o vencimiento quieren
Y sólo a muerte o vencimiento, aspiran.
Y ella los guardará. Venid soberbios
Brasileños, corred; el pie ya fijan
Treinta y tres hombres, en el vasto campo,
Que, en horrible fragor, todo se agita,
Al rodar presuroso de las armas
A que el Imperio su defensa fía.
Venid, veréis que en su serena frente,
Sangrientas letras "Libertad" os gritan.
Sonó el instante del feroz estrago,
Del Cielo, en torno, la venganza gira!

Al finalizar LAVALLEJA las anteriores expresiones, aparecerá un vecino que se supone enviado por GÓMEZ para observar al enemigo.

ESCENA 5.^a

Los dichos y el mensajero

GÓMEZ.

¡Valiente Lavallega! este vecino
Es mensajero fiel, que yo enviara

A espiar, del enemigo, el movimiento,
Y él puede daros la noticia exacta
De la fuerza que tiene.

LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO.)

¡Mensajero!

Hazme saber, tan sólo, la distancia,
Que al portugués cobarde, de los libres
Armados sólo de valor, separa;
Hazme saber si centelleante el rostro,
El cuerpo firme y marcial la planta,
A recibir el impetuoso empuje
De estos bravos soldados, se prepara.
Si sediento de lágrimas y sangre
Invoca ansioso, la fatal batalla,
Y si de la pelea, el hierro agudo
Brilla en su mano, y lo sostiene airada.
¿Qué me importa su fuerza? ¿Decididos
No estamos a vencer, o en la campaña
Dejar los fríos cuerpos insepultos,
Ejemplo de valor y de constancia?
Sólo me importa que me esperen, sólo
Que den lugar a saciar mi saña;
Que mil vidas y mil arrancar pueda
Y mil y mil, aún no satisfagan,
El eterno rencor, de aqueste pecho,
De aqueste pecho la eternal venganza.

MENSAJERO

No muy lejos, señor, de aqueste bosque,
Se ven lucir las enemigas armas,
Y no mucho, de vos, dista el peligro,
Que, con pavor, veréis os amenaza.

LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO)

¡Cuánto a una alma pequeña, el torpe miedo,
La vence en el instante y avasalla!
¡Y cuál mide constante, por la suya,
La fortaleza de las grandes almas!
¡Piensas que tiemblo yo, porque tú tiembles?
Conóceme mejor, ve con quién hablas.
Nunca el peligro cerca, al que no teme,
Ni hay defensa bastante al que acobarda,
Su mente misma, a quien la leve piedra
Gigantesco coloso le retrata.
Sólo, en medio del riesgo es que se adquiere,
Para el guerrero, merecida fama,
Y nunca el eco, de victoria fácil,
Mover hiciera sus veloces alas.
Pregunta si hay alguno, entre nosotros,
Que muestre, vil, la fugitiva espalda,
Cuando horrísono, el bronce de la guerra,
Por doquier muertes y furor reparta;
Y valor hallarás y huye cobarde,
Su voz de trueno, sonará agitada.
Huye Oriental indigno de las glorias,
Que están para nosotros reservadas.
Píntanos fiero al enemigo, pinta,
Numerosa falange, concentrada,
Que un triple muro, insuperable, forme
Y donde brillen terrorosas armas.
Allí conocerás lo que valemos,
Allí verás a la insaciable parca,
Cual huye temerosa, ante nosotros
Y al enemigo, convertir su rabia.
Escucharás, del vencedor, el canto
Y la bandera tricolor, alzada

A los libres dirá: "*Esta es la señal,
Que a pronta muerte o libertad os llama*".

ZUFRIATEGUI.

Y todos correrán, que al grito heroico
De "hijos de Oriente revivió la Patria".
No hay brazo alguno que en el ocio quede,
No hay corazón que sosegado lata.
Pronto será que presurosos vuelen,
Resonando elevadas, las montañas,
Los numerosos grupos de habitantes
Que de llorosa esclavitud escapan.
Obcecado, en el trono, el cruel tirano,
Cree su dominación bien asentada,
Con la engañosa sumisión que presta
El intrépido pueblo a la pesada
Corona que lo oprime y que pretende
Su poder aumentar con nuestra infamia.
Pronto será que sufra el espantoso,
Terrible desengaño, y que arrojada
De este suelo, la hueste destructora,
De su derrota, la noticia infausta,
Vergonzosa le lleve y mal seguro
El férreo cetro de su mano caiga.
Nosotros, el ejemplo les daremos
De invencible coraje en las batallas
Y haremos ver que noble independenciam,
En sabiendo morir, siempre se alcanza.

ACTO SEGUNDO.



ESCENA 1.ª

Va siendo más claro. LAVALLEJA se presentará acompañado de ORIBE y ZUFRIATEGUI. Entre el bosque y a distancia, se percibirán algunos soldados de los TREINTA Y TRES apostados como centinelas.

LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO)

Ya no hay lugar a dudas; es preciso
Marchar a la victoria, compañeros,
Ese día que luce, va a mirarnos
Oponer fuertes el murado pecho
A todos los horrores de la guerra,
Y en medio del estrago y del incendio,
Verá a nuestro soldado imperturbable
Marchar sobre cadáveres sangrientos.
Mis órdenes he dado, y Lavalleja
Y Cheveste y Ortiz, aquí bien presto
Conducirán caballos, con que Gómez
Ha querido ayudarnos.

D. MANUEL ORIBE.

Sólo eso
Necesitamos, y al combate, al punto,
Todos corramos, al combate fiero.

LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO)

Todos corramos, sí, que una victoria,
Una sola victoria, el vencimiento
Para siempre asegura. Yo conozco
Cuánto estima el valor, el noble pueblo
Que, en la opuesta ribera, majestuoso,
Marcha triunfante, de laurel cubierto.
Laureles merecidos que cogiera
En cien batallas, que el hispano fiero
Avaro provocara y que su ruina
Y su deshonor nacional trajeron.
Dígalo, allí, sino el laborioso
Inteligente nauta, rico isleño,
Cuyos trofeos, holocausto digno
De la deidad, en el sagrado templo
De los hijos del Sol, allí atestiguan
El valor a los siglos venideros.
Díganlo Maipo y Chacabuco, digan
Del Perú libre los riscosos cerros.
Junín lo grite y Ayacucho, en donde,
Del León de la Iberia los postreros
Rugidos se escucharon, y vencido,
Fué a ocultar su vergüenza a otro hemisferio.
Sus haces tantas veces vencedoras,
Vuelven gozosas al nativo suelo,
Que de glorias llenaron y un instante (1)
Sólo darán descanso al fuerte aliento;
Que en la guerra sangrienta, les prepara
Nuevas victorias y laureles nuevos.

(1) En la Iglesia Catedral de Buenos Aires, y no me acuerdo si también en la de Sto. Domingo, existen las Banderas tomadas en diferentes acciones ganadas por los Generales de aquella República.

Ellas vendrán aquí y esta esperanza,
Ha apresurado, en parte, mis proyectos.
Para seguridad de que en Oriente,
Jamás, de esclavitud, el duro reino,
Firme se asentará, que en todas partes,
Segundados serán nuestros esfuerzos,
Por el bravo habitante que murmura
Y encorva apenas, el indócil cuello.
Ellas vendrán, repito, y generosas,
Tolerar no podrán que el extranjero
Aje de un país el lustre que adquiriera
Marchando unido al Argentino suelo.

ORIBE (D. MANUEL.)

Yo he venido a morir, ¡oh Lavalleja!
Y a questo corazón jamás el miedo
Le hiciera palpar, que nunca cupo
Temor alguno en varoniles pechos.
Vos lo sabéis también, lo saben todos
Los que estamos aquí. Aún recuerdo
La última noche, que a la orilla hermosa
Del majestuoso Plata, en el silencio
De quietud general, nosotros solos
Llamábamos, ansiosos, el momento
De partir a la lid; y vos, entonces,
Nos convocasteis, y el semblante lleno
Del ardor Patrio; y en la diestra mano,
Mostrando, en alto, el formidable acero:
“ Compañeros, dijisteis, no confiados
“ Queráis marchar, en el auxilio ajeno,
“ Ni contéis ayudaros con más fuerza
“ Que ésta que pronta en la ribera vemos.
“ Yo no quiero engañaros: nunca, a nadie

“ Mi plan comuniqué; sólo mi esfuerzo,
 “ Mi espada sola y mi valor a Oriente
 “ Y el vuestro sólo, en sacrificio, ofrezco,
 “ Solos, solos, a todos los peligros
 “ Que van a rodearnos, correremos,
 “ Y es preciso que solos, la victoria
 “ A la imperial legión arrebatemos.
 “ Yo ya estoy decidido; mas vosotros
 “ De dar un paso atrás, aún tenéis tiempo;
 “ No me culpéis después; ahora os invito
 “ A que reflexionéis; mas si resuelto,
 “ Una vez, este paso, en adelante
 “ Alguno escucha del temor, consejos,
 “ Perdido es para siempre, que este brazo,
 “ Sobre el traidor descargaré el primero”.

Así hablasteis, señor, y nadie, nadie
 Quiso, cobarde, rehusar el pecho
 Al acero enemigo; la esperanza
 Sólo los brazos y la espada fueron,
 Y en lugar de temblor, sólo coraje
 A nuestras almas inspirara el cielo.
 ¿Por qué ahora, cambiáis ese lenguaje,
 En la promesa del socorro incierto,
 Que la gran Buenos Aires, generosa,
 Prestar podría al oprimido pueblo?
 ¿Acaso desmayar habéis sentido
 De libertad el riguroso anhelo?
 ¿O, próximo el peligro, habéis creído
 Que se extinguiera nuestro heroico aliento?

LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO)

Jamás así juzgué que ofensa fuera,
 A vuestro brío y general denuedo,

La más leve sospecha que encerrara,
Contra vosotros, lo interior del pecho.
Siempre os creí valientes, siempre prontos
A oponer al peligro, el firme esfuerzo
Y a crecer en valor, al punto mismo
Que horrendo amaga, aterrador, el riesgo.
Mas no era el caso allí de lisonjearos
Y a un engaño fatal, luego exponeros.
Debí manifestaros los peligros
Y la muerte horrorosa, sosteniendo
La guadaña terrible, con que abate,
Sin distinguir en su rabioso empeño,
Del virtuoso patriota, en la batalla
Y de orgulloso usurpador, el cuello.
Debí buscar amigos decididos,
Que no temiesen el aspecto fiero
De la parca sangrienta y que supiesen
Al hondo averno descender contentos.
En vos los encontré y ora gozoso
Manifestar del corazón, ya puedo
Las miras escondidas y confiado
Descubrir la extensión de mis proyectos.
Ved aquí la razón de la conducta
Que guardé sigilosa, aunque estoy cierto
Que pronto esta bandera, defendida
Por mil brazos, será, de mil guerreros.
Todos aman la patria; cual nosotros,
Aspiran todos al feliz momento
En que la propia sangre mire ahogado,
El soldado feroz, que el cautiverio,
Nos impone y soberbio muestra el arma
Que usurpó al Oriente sus sagrados fueros.
Mas no todos se atreven a lanzarse

En el campo de Marte, los primeros,
 Sin que haya uno, que osado quiera darles
 De Libertad el poderoso ejemplo.
 Nosotros ya le dimos... pero, amigos,
 (*Empieza a mostrarse el Sol.*)

Ved que comienza el movimiento eterno,
 El astro esplendoroso y nos alumbra
 Con su luz, protectora de los buenos;
 El nos invita a acelerar el paso,
 A dejar estos bosques y ponernos
 En la actitud terrible de los libres,
 Que a un tirano disputan sus derechos.
 Ora es preciso obrar, es necesario
 Mostrar desnudo el destructor acero
 Y obligarlo a servir a nuestra saña
 Y a derribar el vacilante Imperio.
 Marchemos al combate; la victoria
 Es vuestra, compatriotas: yo os la ofrezco.

ESCENA 2.ª

Los dichos y Trápani, Ayudante de Lavalleja

TRÁPANI

Están aquí, señor, los que enviasteis
 A traernos de Gómez el auxilio:
 La belicosa gente entusiasmada,
 Al Cielo eleva de "pelea" el grito.
 Vuestra sola presencia allí, se espera.

LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO)

Ayudante, marchad; vamos, amigos. (*Vanse.*)

ESCENA 3.º

Después de irse Lavalleja y los que lo acompañan, por un lado del bosque, se presentará, por el opuesto, la mujer de Gómez, con dos chicos, la que se supone venir afligida, buscando a su marido, que ha huído la noche anterior.

LA ESPOSA DE GÓMEZ

¡Hijos de mi dolor! Tiernos renuevos
De un padre desgraciado! Cuán acerba,
Cuán triste suerte, idolatrados míos!
En vuestra propia habitación, os cerca.
Prófugos, desvalidos y en la busca
De vuestro padre, en las oscuras breñas
Donde sólo de sierpe venenosa
El silbo se oye y de sañuda fiera
El bramido horroroso, con que el monte
Retiembla todo y de pavor os llena!
¡Ay! ¿Quién podrá valeros? Vuestra madre,
Esta madre infeliz que apenas fuerzas
Conserva ya, para mover el paso
Cansado y débil, que en el polvo sienta?
¡Ah! desolada esposa! ¿A dónde, a dónde
Tu ventura se fué? ¿En qué ofendieras
Al alto Cielo que irritado y duro
A dolor tan amargo te condena?
¡Esposo de mi amor! Mira tus hijos
De nuestra unión las deseadas prendas,
Cuál invocan tu nombre, y desoídos,
Cuál baña el llanto sus mejillas tiernas!
¡Y eres sordo a su voz? Y sus caricias

Y dulces juegos infantiles dejas?
 ¿Por qué no vienes, di? Mas, ¡desgraciada!
 ¿A dónde triste mi aflicción me lleva?
 No vuelvas, no; más bien abandonada,
 Seguiré sola, mi fatal carrera.
 Venid, amados míos; en mi seno,
 Que es el único escudo que ya os queda,
 Venid a guareceros... ¡Cielos santos!

(Oyese ruido de armas.)

Hasta aquí el ruido de las armas llega.
 ¡Asesinos infames de mi esposo!
 ¿Queréis también las criaturas tiernas,
 Degollar en los brazos de su madre?
 No lo conseguiréis: primero vea
 Mi cuerpo, en mil pedazos dividido...
 Ya no soy débil, no; vuestra presencia
 De tímida mujer me ha convertido
 En furibunda y despiadada fiera.

ESCENA 4.º

La mujer de Gómez y don Manuel Lavalleja, que ha debido estar escuchando las expresiones de aquélla desde "Cielos Santos" adelante.

LAVALLEJA (D. MANUEL)

Tened, señora, suspended las voces
 Que el dolor os arranca. No contrarios,
 No infames asesinos, vuestros ojos,
 Por el bosque vagar, están mirando.
 Todos somos amigos; ORIENTALES...

Mientras ha hablado D. Manuel Lavalleja, la mujer de Gómez lo habrá estado mirando, como si quisiera reconocerlo, y al fin prorrumperá en las siguientes expresiones.

ESPOSA DE GÓMEZ

Es verdad o me engaño ; Dioses santos !
¡ Sois Manuel Lavalleja ?

LAVALLEJA (D. MANUEL)

Sí, señora ;
El mismo soy, el mismo que otros años
Con libertad pisaba y alegría
De aquesta banda los preciosos campos ;
El mismo que después, en triste fuga,
La piedad implorara del extraño,
Cuando vencido el país, en que naciera,
Las portuguesas armas me arrojaron,
Y el mismo soy que, a libertar mi suelo,
Con un nuevo coraje, torno armado.
Ved allí al General, y vuestro esposo
Está también con él ; id, preparaos . . .

ESPOSA DE GÓMEZ

¡ Mi esposo ! ; Qué decís ? ; Ah ! permitidme
Que me arroje, señor, entre sus brazos. (*Vase*).

ESCENA 5.ª

Se supone que la mujer de Gómez no ha encontrado a D. JUAN A. LAVALLEJA, ORIBE Y ZU-

FRIATEGUI, *que en el momento se ven en la escena.*

LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO)

Sí, lo he sabido todo; de esa fuerza
El Coronel Laguna tiene el mando,
Y es verdad que este Jefe, nunca aleve,
Contra su patria levantara el brazo.
Pero quizá en la crisis, temeroso,
Olvide, antiguos de amistad, los lazos,
Y más propicia, otra ocasión, espere
Para obrar decidido. Es necesario
Amar, no sólo el país, amar la muerte,
No mirar hacia atrás y abandonando
Bienes, esposas, hijos, a este suelo
Que nos viera nacer, sacrificarlos
Para arrojarse a la arriesgada empresa
De libertar aquél, con un puñado
De valientes, es cierto; pero expuestos
En el empeño, a sucumbir osados.
Mas ya no hay que elegir; venga Laguna
Y tiemble, tiemble, al pronunciar su labio
La sentencia fatal. Una palabra,
Una sola palabra va a anegarnos
En raudales de sangre: allí la mía
Correrá, puede ser; pero, entretanto,
Descenderé al sepulcro, sin mancilla
Y con mil muertes bajaré vengado.

ORIBE (D. MANUEL.)

Un mismo sitio, ilustre Lavalleja,
Nos verá victoriosos o a tu lado
Nos verá perecer: tu noble sangre

Jamás de Oriente correrá en los campos,
 Si no va con la mía; mas la muerte
 No cebará tan pronto el descarnado
 Brazo, en nosotros y a la eterna noche
 No bajaremos antes que saciados
 De horrores y de sangre, nuestros pechos
 Vayan contentos, a eternal descanso.
 Cada vida que acabe, con cien otras
 Pagará el enemigo; que a los bravos,
 Que no temen morir, siempre la parca,
 Supo, en medio del riesgo, respetarlos. (1)
 Mancha en sangre del débil su guadaña
 Y la mancha otra vez; mas la de esclavos
 Nunca deja mezclar con la del libre
 Para altos hechos de valor formado.

LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO)

¡Cuánto place a mi alma ese coraje,
 Ese noble furor! ¡Cuánto entusiasmo,
 Cuánto valor inspiran las palabras
 Que, de un labio, se vierten esforzado!
 Es preciso vencer, que del suceso
 Pende, sin duda, el general dictado
 Que, por la edad presente y venidera,
 Está ya a nuestra empresa reservado.
 ¡Ay, si somos vencidos! Aunque fuertes
 En el campo de Marte, derramando

(1) ...Marte

Que mil veces, el furor depuesto,
 Supo en medio del riesgo, respetarte.

D. JUAN CRUZ VARELA, en su *Oda a la muerte del General*
Belgrano.

EL AUTOR.

Nuestra sangre, a torrentes la contraria,
Correr, amigos, con placer veamos.
Nada conseguiremos: nuestros hijos,
Todo el Oriente quedará entregado
A más dura opresión. Duerme un instante,
Con un sueño feroz, cruel el tirano
En ciega confianza sumergido,
Y su dormir ofrece algún descanso
Al afligido pueblo. No hay remedio,
Vamos a despertarle; pero hagamos
Que cuando empiece, con semblante torvo,
La víctima a escoger, y cuando airado,
Tienda sobre ella, vengativo y fiero,
De su poder el execrable brazo,
Entonces sienta de victoria el grito
Y el golpe sienta, que acabó su mando.

ESCENA 6.ª

Los dichos y Trápani, que se supone haber sido enviado a llamar a LAGUNA, para la conferencia que tiene lugar en el tercer acto.

TRÁPANI

Ya he cumplido, señor, lo que ordenasteis.
He hablado con LAGUNA, y él se presta
A explicarse con vos, desde el instante
Que de este bosque nos observe fuera.

LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO)

Pronto de él partiremos: al momento
Id y la orden dad que nuestra fuerza
Al inmediato pueblo se conduzca.

ESCENA 7.ª

El Ayudante se va y LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO), prosigue.

Vamos, amigos, vamos: la hora llega,
De decidir si de Laguna, aliados
O enemigos seremos: la pelea,
En el último caso, es el recurso
Único y necesario que nos queda.
¡Oh Sol! padre de América, que alumbras
El mundo todo, en tu eternal carrera!
No más, no más, tu frente majestuosa
Veré, al nacer, de deshonor cubierta.
No más verás tus hijos abatidos
Implorar, tristes, la piedad ajena
Ni míseras familias desoladas
Al cielo alzar sus despreciadas quejas.
Yo lo repito, ¡oh Dios!, vivamos libres
O al punto se abran las gloriosas huesas.



ACTO TERCERO.



ESCENA 1.ª

El Teatro representará el Pueblo de San Salvador en el que se distinguirá la Casa del Juez, con una puerta principal al foro, que es por la que entrarán D. JUAN ANTONIO LAVALLEJA, ORIBE, ZUFRIATEGUI Y EL AYUDANTE D. JACINTO TRÁPANI, y por la misma lo hará después LAGUNA. Otra a la derecha, que se supone ser la que guía a los aposentos.

LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO.)

(al Ayudante)

Mucho tarda, en verdad; pero, decidme,
 ¿De qué modo LAGUNA la noticia
 Recibió que le disteis? ¿Era acaso
 Impuesto ya de la llegada mía?
 ¿O dudaba, tal vez? ¿Qué sentimientos
 Su semblante mostrara, cuando dicha
 Le fuera mi embajada?

TRÁPANI

Mil afectos
 Su americano pecho combatían,
 Ora miraba con sañudo aspecto,
 La hueste asoladora, que en sus filas,

Al Imperio defiende; y ora triste
“ Tú te pierdes, amigo, repetía.
“ Tú te pierdes y encuentran mil valientes
“ Si siguen ciegos tu furor, su ruina,
“ Mi Patria... “mi deber”... y sin concepto,
Mil voces de sus labios se partían.
Al fin me llama, y Ayudante, dice:
Llevad esta respuesta, la que oída
Ha sido ya por vos.

LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO.)

Basta; que pronta
Se mantenga la gente, apercebida.

Al decir esto hará señal para que el Ayudante se retire, lo que éste ejecutará con la venia de costumbre.

ESCENA 2.^a

Los de la anterior, menos el Ayudante.

LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO.)

¿Habéis oído, amigos míos? No le basta
Al déspota insolente, sujetarnos
Ni en angustiosa rabia, al yugo uncido,
Mirar le basta, al Oriental, el carro
Conducir odioso. Que su orgullo
Más horrores desea. Contrastando
De natura las leyes eternas,
Forma de Oriente, el horroroso teatro,
Donde el hijo del padre, despedace,
El anciano pecho y do el hermano

Al hermano infeliz, envuelto en sangre
 Mire caer, por la fraterna mano.
 Sí; tal es su intención. Pero te engañas,
 Cobarde usurpador, que nuestros brazos
 Jamás el golpe matador dirigen
 Del indígena, al cuello desgraciado.
 Sólo a ti, sólo a ti, sobre ti sólo
 Ellos han de caer. Pronto empapado,
 El verde campo enrojecido, en sangre,
 Por todas partes se verá; y alzado
 Una vez el a'fanje de la guerra,
 La muerte y nada más; muerte, malvado,
 Muerte será de tu falange impía.
 Muerte tuya será; y bamboleando
 Tu trono, en el abismo silencioso,
 Servirá de escarmiento a los tiranos.

ESCENA 3.ª

Los dichos y Trápani.

TRÁPANI (A LAVALLEJA)

El Coronel Laguna hacia aquí viene.

LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO.)

A Trápani

A los que le acompañan.

Y vos conducidlo:

retiraos.

ESCENA 4.ª

Salen todos por la parte del foro y al momento entra por la misma, Laguna, quien se dirige a D. Juan Antonio Lavalleja, en ademán de abrazarlo, diciendo lo siguiente.

LAGUNA.

Mil afectos, amigo y compatriota.

LAVALLEJA (D. JUAN A.) (*Deteniéndolo*)

Aún no sé si lo somos; otros años
Las armas de la Patria vengadoras,
Juntamente esgrimiendo y en el campo
De la guerra sangrienta, al enemigo,
Envuelto en muerte y en pavor, dejando
Nuestra sagrada causa el dulce nombre
Que me dais permitiera; y el abrazo
Que me ofrecéis ahora, entonces era
Lo que formaba mi placer más grato.
Hoy, empero, no así: esas insignias
Con que os miro, Laguna, decorado,
Una barrera eterna, entre nosotros,
Pretenden colocar; que despojado
El Oriental, de todo, y sólo rico
En virtud y en valor, no le ha quedado
Como ostentar el brillo, con que ofende
Vuestro cuerpo mis ojos irritados,
No sé si el uniforme, el sentimiento,
Podrá cambiar también. En este caso,
En lugar de amistad, pronunciad guerra,
Porque soy libre yo, vos sois esclavo.

LAGUNA.

No así insultéis, con imprudentes voces,
A un patriota cual yo. Aqueste brazo
Bastantes veces desmintió en la guerra,
El infame dicterio, con que ajado,
He sido aquí por vos. Bastante tiempo
Mi reposo y mi vida despreciando,
Supe lidiar valiente; y este acero
Que la Patria me diera, siempre en alto



Bastantes veces lusitana sangre,
En las playas de Oriente ha derramado.

LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO.)

Lo sé, lo sé, Laguna; mas, ¿qué importan
Vuestros servicios y valor? Si osado
Os mostrasteis un tiempo y defendisteis
De la patria los fueros sacrosantos,
Al fin también al vergonzoso yugo
Sujetasteis el cuello; y aún armado,
En defensa del déspota, más dura
Sostenéis la cadena, a que amarrado
El pueblo de valientes, llora triste
El poder, los insultos del tirano.

LAGUNA.

¡Oh! ¡Cuál os engañáis! Las mismas armas
Que en otro tiempo, al enemigo, espanto
Supieron producir, escudo ahora
Y baluarte, son, al desgraciado
Pueblo de Oriente; que la ronca rueda,
En nada pararía y tropellando
Al huérfano infeliz, la triste viuda,
Al valiente y vencido ciudadano,
Yermo, asolado, el país de las riquezas
Mirar me hiciera, sumergido en llanto.
Yo previne estos males: las insignias
Que al noble Lavalleja han irritado,
No son, no, de opresión; son las señales
Que aún después del incendio y del estrago,
Al bajel derruido de la Patria,
Muestran el puerto de feliz descanso.

LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO.)

Por el pueblo Oriental, os doy las gracias.
Debisteis así obrar; mas es llegado
De defender a nuestro suelo, el tiempo,
De un modo más activo; es necesario
Hacer sentir al déspota los males
Que su conquista y su ambición le trajo.
Treinta y dos Orientales han querido
Mis destinos seguir: ya hemos jurado
O vencer en los campos de batalla
O libres sucumbir...

LAGUNA (*interrumpiendo*).

No, desgraciado;
Valiente General: la hermosa vida
Que, en favor de la Patria, se os ha dado,
No así la prodiguéis. Dejad al tiempo
Preparar los sucesos; temerario
Vuestro empeño será...

LAVALLEJA (*interrumpiendo*).

Allá en lo alto
Se escuchó el juramento y justo el cielo,
Suspenso tiene el formidable brazo,
Con que abate, al inicuo, que quisiera
Hollar los votos que hasta él llegaron.
Votos de libertad, votos solemnes,
Que formó el patriotismo y entusiasmo,
De los que nunca retraerse debe.
No los desmentiré: ni un solo paso
Sé yo dar hacia atrás. Firme, constante,

Seguiré mis proyectos; y si acabo
En lucha desigual, también conmigo
La vil acaba, condición de esclavo.

LAGUNA.

Y sólo os libraréis; y el triste pueblo,
Más que nunca oprimido y humillado,
En vano entonces, tenderá las palmas,
Buscando un protector. En vano, en vano,
Recordará el valor con que supisteis
Combatir y vencer. Precipitado
Vuestro ciego furor, no raciocina,
No mira los peligros, y, entretanto,
Ellos se acercan, Lavalleja ilustre,
Y hacia vos vienen con ligero paso.
Mas, si no os intimidan, si no basta
Su horroroso semblante, a separaros
De la empresa arriesgada, que a lo menos
Las tristes quejas y afligido llanto
Os puedan conmover; ved cuánta esposa
Vais a privar de esposo; cuánto hermano,
Cuánto padre infeliz...

LAVALLEJA (*interrumpiendo.*)

Esos horrores

Al enemigo sólo amenazando,
Jamás deben temerlos los patriotas;
Contra ellos nunca levanté mi brazo,
Ni jamás se alzaré. Vengan y unidos
Todos, conmigo, a destruir corramos
El poder extranjero. Vos, Laguna,
El ejemplo dadles; yo os he llamado

Para este solo objeto. Si la gloria
Que forma la ambición de pechos altos,
Tiene poder en vos; si el dulce nombre
De sacra libertad os fuere grato,
Si odiáis la esclavitud, nunca más bella
Se mostró la ocasión. Eternizado
Una sola palabra, vuestro nombre,
Va a colocar en los gloriosos fastos
Que un día a nuestros nietos, en la historia
Enseñe, de los héroes, a imitarlos.
Hablad, ¿qué respondéis?

LAGUNA (*Después de una pausa.*)

Soy vuestro amigo;
Pero más de este pueblo. Si a salvarlo
Viese yo que bastaban nuestras fuerzas,
O con mi muerte, sus derechos santos
Lograse establecer, ¡cuán presuroso
Entregara mi cuello al afilado
Alfanje del Imperio! Ni un suspiro
Me arrancara el temor, que acostumbrado
A ver de aquélla, en diferente aspecto,
La guadaña inflexible, no aterrado
Quedaría esta vez; pero bien lejos
De pensar como vos, el temerario
Arrojo vitupero, que al sepulcro,
Sin salvar a la patria, os va guiando.
Ya miro desplomarse las legiones
Que hirviendo en saña, enviaría el tirano,
En nosotros vengarse y no contentas,
Volver su rabia al pueblo desgraciado,
Que solo e indefenso y desvalido

Con razón nos culpaba de su llanto.
Yo no puedo seguiros: otro tiempo
Esperad más propicio y entretanto
Avaro, aquí, de vuestra propia vida,
Os pido convengáis en retiraros.
Considerad la sangre...

LAVALLEJA (*interrumpiendo.*)

Ya no es tiempo.
Yo nada considero; vuestro labio
Es quien debe cuidar cuáles palabras
Se atreve a pronunciar. Hemos tardado
Ya mucho en discurrir: el tiempo vuela;
Explicarse, Laguna, es necesario,
Pero explicarse breve: una palabra
Tan sólo, quiero oír: ¿Sois el soldado
De la patria, al instante, o mi enemigo?

LAGUNA.

Soy de la patria, sí, pero sensato
Sé servirla también. Si es heroísmo
Por salvarla, perder lo más sagrado,
El olvidar la vida y a la muerte
Entregar nuestros pechos esforzados,
Es delirio, furor inconcebible
El llamar al combate, cuando airado
El Dios de las batallas, sólo sangre,
Horror y esclavitud, está mostrando.
Es doblar las cadenas...

LAVALLEJA (*interrumpiendo con furor.*)

Basta, basta,
 O con mi espada el discurrir osado,
 Sabré yo contener. Basta, Laguna,
 Ya mi vista no puede soportaros.
 Id, preparad la hueste usurpadora
 Que dirigís, ¡esclavo del tirano!
 Id, ya empieza el combate, y ya la sangre
 Miro salir en borbotones altos.
 En mi justo furor, nada respeto,
 Ni vuestra misma vida; y desgraciado
 Si allí os llevo a encontrar. La tumba fría
 Os dictará el deber de un ciudadano.

ESCENA 5.^a

Al acabar Lavalleja estas expresiones, saldrá con todas las señales de enojo, por la puerta del foro; el Ayudante lo seguirá, y Laguna también sale como pensativo, pero con dignidad. Desocupada la escena por ellos, se presenta el Juez de San Salvador, que se supone haber estado en los aposentos.

EL JUEZ (*solo*)

¡Cielos! ¡Qué frenesí! ¡Cuánto sepulcro,
 En el vecino campo miro abierto!
 ¡Cuánta sangre correr! ¡Cuántos horrores
 Presentarán los destrozados miembros,
 De un montón de infelices habitantes!

(*Empiezan a sentirse tiros.*)

Ya se empezó el combate... ¡Dios eterno!

Tú que sostienes, en igual balanza,
Los destinos del mundo, tú que excelso
Premias al bueno y la maldad castigas,
Vuelve tu faz benigna y a este suelo
Conserva un defensor. Esos valientes
No dejes perecer. Son sus derechos,
Son los derechos santos de la patria
Que van a defender. Echa sobre ellos
Escudo protector. Nunca permitas
Triunfe la usurpación. Mira que expuestos,
Si ella triunfa, quedamos, al ultraje
Del feroz vencedor. Si estos cabellos,
Teñidos ya de blanco, no te mueven,
Si de un padre infeliz los tristes ecos
No llegan hasta ti, de mil familias,
Oye los gritos y el clamor, al menos.

Hasta aquí se habrán oído tiros, con pequeños intervalos; pero al concluir estas expresiones, habrán cesado de todo punto. El Juez prestará el oído como para escuchar, y no sintiendo nada, prorrumpirá del modo siguiente:

Todo en silencio calla, pavoroso;
No se sienten las armas y el estruendo
Cesó ya, de la guerra. ¿Qué me anuncias,
Instante de terror? ¿Está resuelto
Que el Oriental, esclavo para siempre,
La mísera existencia, sin remedio
Así habrá de llevar? ¿Y tantos héroes
En tan justo combate, perecieron?
¡Ilustre Lavalleja! ¿Cuál tu suerte
Habrá sido, infeliz? Quizá tu pecho,

Por una infame mano dirigido,
De un vil abriera el destructor acero.
Quizá a esta hora, exánime, olvidado...
¡Olvidado! Jamás: tu nombre eterno
Reinará entre nosotros. Balbuciente
El labio del infante y en el seno
Todavía, de la madre, a pronunciarlo
Aprenderá con varonil acento.

ESCENA 6.ª

Al llegar a este punto, se abre de golpe la puerta del foro y entra TRÁPANI a quien el anterior interlocutor dirigirá la palabra.

EL JUEZ (a Trápani.)

¿Qué nuevas conducís?

TRÁPANI

De aqueste suelo,
Los dioses tutelares pronunciaron:
YA NO HAY ESCLAVITUD.

EL JUEZ

¡Cielos! ¿Es cierto?

TRÁPANI

Escuchad el suceso de mi labio.
Visteis con qué furor, en saña hirviendo,
El General, al fin, determinado

A vencer o morir, dejó este puesto;
Y ya sólo el combate respirando
Se presentó a la tropa, que esperaba
Una sola señal; ya desplegado
El estandarte patrio, comenzaba
A lucir el acero en nuestras manos,
Cuando una voz de en medio de la fuerza
Que condujo Laguna "A MIS PAISANOS"
Retumbó atronadora: otras mil voces
Con un ¡VIVA LA PATRIA! contestaron,
Y al punto, nuestras filas engrosadas,
Más terribles se hicieron al tirano.
SERRANO fué quien, valeroso y libre,
Sin temor de la muerte, a acompañarnos
Se decidió al momento, el santo dogma
De sacra libertad preconizando.
Desde luego, en silencio temeroso
Vióse quedar, el enemigo campo.
Ya no esperamos más: parten los brutos
Como el viento, veloces y arrollando
Todo cuanto se opuso a nuestra vista,
Bien pronto de cadáveres, sembrado
El terreno se viera. Favorable
El cielo se nos muestra. Nunca vanos
Los votos de los libres, hasta el trono,
Del Dios de los mortales, han llegado.
Helo ya al General.

ESCENA 7.º

*D. Juan A. y D. Manuel Lavalleja, Oribe, del
Pino, Zufriategui y tropa de los Treinta y Tres.*

LAVALLEJA (D. JUAN ANTONIO.)

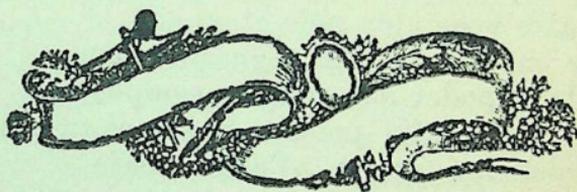
¡HIJOS DE MARTE!

Las cadenas rompimos: ya está dado
El golpe de la muerte, que amagaba
Al trono usurpador. El triste llanto
Que regó tantas veces las mejillas
Del valiente Oriental, las del tirano
Trillaré hoy a su vez. Ya desaparece
La inerme presa que oprimiera en vano
Y sólo la vergüenza y el oprobio,
De la injusta invasión, con que insensato,
Provocara la cólera del libre
Y atroz remordimiento, le ha quedado.
¿No lo veis? ¿No lo veis? El solo aspecto,
El aire vengador, sólo el amago,
¿No bastó a disipar, a nuestra vista,
Todo el poder del enemigo campo?
Pero aún tenéis que obrar, aún es preciso
Combatir y vencer. ¡Fácil trabajo
A tan alto valor! Esos cobardes
Que, a nuestra vista huyeron, nunca osados
Volverán a mostrarse. Ni un asilo
Les dejemos tomar: sobre sus pasos,
Llevemos la victoria y la venganza
Y el horror y la muerte a los tiranos.
¡Vamos, pues, compatriotas! Sólo guerra
Sea nuestra divisa: no hay descanso
Ya para los valientes, sino encima
De cuerpos portugueses. Allí es dado
Reposar de fatigas: las heridas
Allí es dado curar. ¡Sí, ciudadanos!
Prontitud y valor: que cuando al seno

De la amada familia, en paz, volvamos,
Diga aquel que nos mire y nos señale:
Es de los TREINTA Y TRES, ved; ¡respetadlo!
¡Queréis merecer esto?

TODOS.

SÍ, queremos
SALVAR LA PATRIA y a salvarla vamos.



FIN DE LA COMEDIA.